

טיב המערכת

Tiv Hamaaréjet

Pedir a Hashem

“Hay que apartar una cita con el doctor para el niño enfermo”, esto es lo que se vive día a día en los hogares que han sido bendecidos con hijos, pues, a veces, hay alguno que tiene alguna dificultad en su salud. Esta vez le tocó a este niño en particular y los padres necesitan prontamente la medicina. Esta circunstancia se ha hecho para ellos como una rutina. Por supuesto, las personas siempre intentan conseguir el mejor doctor sin importar si se trata de un pequeño virus o una gripe que pasará en un par de horas o semanas; la calidad no se negocia. Luego de esperar por la respuesta del doctor, reciben recetas de medicinas que, gran parte de ellas, dañan más el cuerpo de lo que lo pueden sanar. Seguido, todo se resume a hacer un rezo antes de tomar la medicina pidiendo a D-íos que los ayude. Y en caso de que –D-íos nos guarde– las medicinas no sirvan y los doctores ya no sepan qué hacer, empezarán a aumentar los rezos, a prosternarse en tumbas de Tzadikim y a tocar a las puertas de los Grandes Sabios de Israel en busca de una bendición.

Ya nos enseñaron nuestros Sabios que la Torá no es un simple libro de cuentos, es una guía para nuestras vidas, de ella aprendemos los caminos de nuestros Patriarcas para que nosotros vayamos así mismo por el sendero que ellos fueron.

Rivká Imenu padecía dolores insoportables en su embarazo y, en vez de buscar un doctor, “fue a pedir a Hashem”. Así, llegó al *Bet Midrash* de Shem, el hijo de Nój, en busca de una respuesta para lo que le estaba pasando. Le contestaron: “Dos pueblos hay en tu vientre”. Habiendo recibido esta respuesta, Rivká ya no necesitó de ningún doctor ni de medicamentos.

Debemos recordar que toda la fuerza del doctor para sanar proviene del Cielo; el doctor no tiene por sí mismo ninguna fuerza para sanar. Todos los dolores y enfermedades que recibimos son maneras mediante las cuales Hashem nos pide que lo recordemos. En nuestras manos está la decisión de pedir ayuda del doctor, que es un mensajero de Hashem, o pedirle directamente a Aquel que tiene la capacidad de curar todo tipo de ser vivo en el mundo, que tiene el poder de hacer enfermar a una persona y, a su vez, enviarle la sanación que necesita.

טיב השיחור

Tiv Hasijot

No existe nada que pueda contra la voluntad

• • •

Cuando nos sentamos a analizar la parashá aprendemos una lección sobre qué tan importante es la voluntad de una persona en el cumplimiento de sus metas en la vida. Tanto es así, que incluso si alguien se encuentra rodeado de personas justas y en un buen ambiente, esto no va a ser muy beneficioso para él si le falta la voluntad de avanzar en lo que quiere. Así lo aprendemos de la *parashá*, donde vemos lo que le sucede al malvado Esav, que servía a su padre Yitzjak y creía en su santidad e incluso, cuando perdió la preciada bendición de la primogenitura, gritó amargamente. Aun así, no dejó de andar por los malos caminos.

Por otro lado, tenemos a Yaakov Avinu, que tuvo que huir a la casa de su tío Laván, quien fue peor que el mismo Faraón, como decimos en la Hagadá: “Y Laván quiso arrancarlo todo” (esta frase hace referencia a que Laván quiso impedir que Yaakov Avinu tuviera la descendencia con la mujer correcta y así acabar con el Pueblo de Israel). A pesar de todas las dificultades y el sufrimiento, en medio de la oscuridad Yaakov pudo sobreponerse, y no solo esto, sino que también avanzó y creció.

De estos ejemplos vemos que, sin importar dónde se encuentra la persona, si no tiene la voluntad de avanzar no lo va a lograr.

Por supuesto, no es nuestra intención menospreciar la importancia de estar en un círculo de personas justas y rectas, así como tampoco enseñar que las personas son inmunes a su medio ambiente y quienes los rodean, y nunca se verán influenciados por ellos. Más bien, nuestra intención es dar un aliento a aquellas personas que, por decreto Divino, aún se encuentran en un ambiente lleno de gente que no va por los caminos de Hashem. Deben saber que también en dichas situaciones es posible llegar a niveles espirituales muy altos.

Tenemos el honor de inaugurar la sección Tiv *Hamaasiot*, que está compuesta por un conjunto de historias sacadas de la compilación de las charlas de nuestro Maestro y Rabino, shelita. Sin embargo, nuestro Maestro no está de acuerdo con que se lean estas historias de manera superficial, como un pasatiempo, si no que, hay que buscar entender cuál es la enseñanza ética escondida detrás de cada historia.

Por eso trataremos de concluir la enseñanza de cada una de las historias contadas en las charlas de nuestro Maestro, shelita, y aprender lo bueno de cada historia sacando a relucir los beneficios de llevar una vida recta.

“Yitzjak rezó insistentemente a Hashem frente a su mujer, pues ella era estéril. Y Hashem se dejó convencer por él, y su mujer Rivká concibió” (Bereshit 25:21)

En el libro *Likuté Hapardés* de Rashi (8a), él explica este *pasuk* con ayuda de un Midrash: “«Hashem se dejó convencer por él, y su mujer Rivká concibió»: de aquí aprendemos que hay tres involucrados en la concepción de una persona (*Tratado de Nidá* 31a) y ellos son Hashem, el padre y la madre.

Quiere decir que, de este *pasuk*, aprendemos que en la concepción de un niño hay tres sujetos implicados, y cada uno pone de su parte. Esto lo deducimos de la siguiente manera: por un lado, Yitzjak, pues dice el versículo: “Y rezó Yitzjak”; luego, Hashem, pues dice: “Y Hashem se dejó convencer”; por último, Rivká: “y su mujer Rivká concibió”. Solo gracias a la participación de los tres nace un niño, y de lo contrario si solo faltase uno de los tres no podría llevarse a cabo la concepción.

Me contó un judío una vez, que, como todo el mundo en nuestro país, luchaba por conseguir el sustento; le era difícil cerrar el mes en una casa con once niños –*bli ain*

hará, y que tenga muchos más—. Pronto llegó la hora de casar a su hijo mayor, y dinero no había para la boda. ¿Cómo se podría llegar al capítulo de *Haish Mekadesh* (lit. ‘El hombre consagra [a una mujer por esposa]’ y es el título de todo un capítulo en el Tratado de *Kidushín* que trata de matrimonios) si ni siquiera había la perutá (‘centavo’) para ello?

Así, entonces, decidió el hombre emprender un viaje fuera de Israel y recolectar dinero para ver si su suerte cambiaba un poco. No obstante, incluso allí su suerte no cambió demasiado, pues no pudo reunir en primera instancia el dinero que invirtió para comprar el boleto del vuelo.

Al verse en tal situación se dirigió a la sinagoga de aquel lugar y, con un libro de salmos en su mano, empezó a rezar con lágrimas en los ojos. Permaneció así hasta que llegó la hora del rezo de Minjá y las personas empezaron a llegar para el servicio.

Entró en ese momento un hombre que se estremeció al ver la imagen de un judío tan destrozado. Prontamente, se le acercó y le ofreció algo de beber para que se calmara. Después, de forma muy amable, le preguntó cuál era el motivo de su pena. El afligido judío le respondió contándole todo lo que había pasado y que su familia lo esperaba en casa con el anhelo de que trajera consigo el dinero para poder pagar el casamiento, pero él hasta ahora no había conseguido nada.

Al escuchar la historia que le llegó al corazón, le dijo que, lamentablemente, él no era un hombre adinerado que lo pudiera ayudar pero sí conocía a un judío muy adinerado en la ciudad que podría ayudarlo. No obstante, este hombre era conocido por ser una persona temperamental, y le advirtió que, si iba a donde él, podría suceder una de dos posibilidades: que le prestara atención y le diera todo el dinero que necesitaba o que lo echara de su casa con humillación. Al ver que no tenía muchas otras opciones, el hombre se dirigió a la casa de aquel rico preparándose para lo que pudiera pasar.

Cuando llegó el pobre hombre a la casa del rico que, para su suerte, se encontraba en la casa, luego de tocar el timbre lo invitó a pasar y le pidió que le expusiese su problema. El hombre pobre comenzó a contar el caso de forma refinada y con delicadeza, pero el hombre rico, queriendo ir directamente al grano, le empezó a hacer algunas preguntas de protocolo. Le preguntó cuántos hijos tenía, a lo que el hombre contestó que tenía once hijos “*bli ain hará*”. Al escuchar esto, el rostro del del rico cambió y empezó a gritarle y reclamarle el hecho de que hubiera traído tantos hijos al mundo si sabía que no tendría cómo sostenerlos. Y como era de esperarse, empezó también a echarlo de su casa.

Al verse en tal situación entendió el hombre pobre que también de allí saldría sin nada, pero decidió no irse sin antes responder al rico lo que le reprochaba. En ese momento Hashem puso en él las palabras correctas y le preguntó al rico cuántos hijos tenía. Él le respondió que tenía solo uno y mucho dinero para mantenerlo. Entonces, el hombre pobre exclamó que existía una cosa en la que él es más rico. Esto despertó la curiosidad del rico. Al ver que atrajo su atención, continuó el hombre pobre explicándole que, tal como dijeron nuestros Sabios, hay tres socios en la concepción de un niño. Eso quiere decir que, ya que él tenía once hijos él era socio de Hashem en once proyectos; mientras que el rico solo en uno. El rico se estremeció y conmovió al escuchar estas palabras. Sin esperar, sacó un cheque en donde anotó la suma que cubría los gastos de la boda de su hijo y se lo dio. Le dijo al hombre pobre que él también quería ser parte de ese “proyecto”. No solo eso, sino que le dijo, además, que le daría el dinero para cubrir cada uno de los matrimonios de los demás hijos para también tener parte en esas sociedades.

Aprendemos de esta historia la importancia que la Torá le da al matrimonio y a traer hijos al mundo. Cuando entendemos esto, también la forma en que vemos a nuestros hijos y mujeres cambia completamente, porque nos hemos hecho socios de Hashem.